

Selección de objetivos

Por FERNANDO QUEROL

Comandante del Arma de Aviación.

Progresiva ampliación del campo de objetivos.

Hasta hace poco, ¿cuáles eran y dónde estaban aquellos objetivos sobre los que se descargaba el peso de la guerra? Las fuerzas armadas del adversario constituían el único objetivo. Su castigo sólo podía llevarse a cabo en una zona muy limitada. Así ha sido durante siglos y siglos.

La guerra afectaba sólo a los reducidos efectivos de los Ejércitos, y una vez partidos éstos para la lucha, el país que los despedía seguía prácticamente su vida habitual, sin que ni sus moradores ni sus recursos ayudaran de modo constante a los combatientes. Sólo éstos, en realidad, aportaban su esfuerzo a la guerra; sólo éstos, por tanto, eran considerados como objetivos militares.

Pero en la actualidad, la cosa es bien distinta. A la guerra contribuyen todos, ya nutriendo de efectivos a los cada vez más ingentes Ejércitos, ya trabajando en su beneficio desde las retaguardias para atender a sus también cada vez mayores necesidades. En consecuencia, la nación entera pasa a ser considerada como objetivo.

El avión, capaz de alcanzar todos los objetivos.

Simultáneamente a la aparición de la guerra total, en la que se extiende a todo el país la cooperación de medios humanos y materiales para alimentar la lucha, ha surgido la Aviación, única arma capaz de extender también por todo el país la lucha misma, antes constreñida a desarrollarse en la estrecha franja de los frentes de contacto.

El avión, pues, ha representado una gran oportunidad al permitir alcanzar también los nuevos objetivos de las retaguardias, mientras los buques de guerra y los Ejércitos terrestres siguen limitados a poder actuar únicamente contra objetivos inmediatos, situados cuanto más a 40 ó 50 kilómetros de distancia. Sólo la Aviación puede atacar cualquier clase de objetivo, sea cual fuere y esté donde esté.

Complicada y delicada estructura de una moderna nación.

Cuanto mayor sea el adelanto material de un país, más necesidad tiene de mantener el concurso armónico de todos los elementos cuya coordinada interdependencia le ha hecho posible alcanzar su actual grado de progreso.

La vida sencilla de un pueblo atrasado no se ve alterada en lo más mínimo por las restricciones de electricidad, agua corriente, gasolina o carbón, pongamos por caso. En cambio, un pueblo más civilizado, cuyo alto nivel de vida se ha montado precisamente sobre estos refinados privilegios, se verá bruscamente alterado en todas sus actividades en cuanto surja la más pequeña anomalía en su suministro.

Por ello, es tal la trabazón de todo lo que constituye el fundamento sobre que reposa la compleja vida moderna, que puede considerarse que en ella todo está íntimamente ligado entre sí: la moral, la política, el comercio, la agricultura, la industria, la Banca, el transporte, etc. La estructura de la actividad nacional que mantiene la potencia militar del adversario aparece así constitu-

yendo una complicada y delicada máquina que funciona gracias al trabajo ordenado del conjunto de todas sus piezas.

De acuerdo con estas consideraciones, la guerra moderna buscará atacar el funcionamiento de esta máquina enemiga, procurando causarle tales daños que conduzcan a su detención. ¿Cómo lograrla? ¿Qué piezas conviene preferentemente destruir?

Una de las piezas más fundamentales es la constituida por las fuerzas armadas; no cabe duda que si las anulamos, la máquina se parará; pero también puede conseguirse el mismo efecto destruyendo los recursos morales y materiales que alientan y sostienen espiritual y físicamente a estas fuerzas armadas, minando su voluntad de continuar la lucha, bloqueando sus comunicaciones, derrumbando sus fábricas, destrozando en suma, otras piezas que antes no tenían ninguna importancia militar o que habiendo empezado a tenerla quedaban fuera del alcance de la piqueta del demoledor.

Vamos a ver qué posibilidades se le presentan a la Aviación al elegir como objetivos las piezas más sensibles del enemigo; objetivos que, dentro de su enorme complejidad, consideramos reunidos en cuatro grupos: los militares propiamente dichos, la industria, las comunicaciones y la moral.

Los objetivos militares.

Las fuerzas armadas, sean de Tierra, Mar o Aire, se componen de una serie de medios organizados, con un jefe que los manda y unas transmisiones a través de las cuales se ejerce este mando. ¿Objetivos interesantes por la trascendencia de su destrucción? Por de pronto, el *Mando*.

Tanto la segunda ofensiva inglesa (noviembre de 1941) como la tercera ofensiva del Eje (enero de 1942) en Libia, fueron precedidas por golpes de mano con los que se pretendió suprimir a Rommel y Ritchie, respectivamente. Dichos golpes de mano fueron llevados a cabo por pequeños destacamentos desembarcados por medio de submarinos detrás del frente enemigo. Los dos fracasaron: el primero, por el reciente y súbito abandono por Rommel de su puesto de

mando; el segundo, por la traición de los guías árabes. En ambos casos se desconocía la situación exacta de los respectivos Cuarteles Generales; de otro modo, hubiera resultado más sencillo y práctico confiar su destrucción al bombardeo o desembarco aéreo.

En la famosa ocupación de Creta (mayo de 1941), algunos de los primeros planeadores aterrizados en la isla fueron enviados a hacerlo en el patio del Palacio Real de Canea, frustrándose por unas horas su intento de capturar al Rey Jorge de Grecia, pues éste acababa de huir de su residencia.

Si estas tres acciones salieron mal, en cambio, en la campaña del Pacífico, nos encontramos con otra que tuvo pleno éxito. Nos referimos a la «caza a la espera» del Almirante Yamamoto, jefe de la Flota japonesa. Los americanos—en posesión de la clave del código secreto enemigo—interceptaron una comunicación cifrada por la que se enteraron de que Yamamoto, el día 18 de abril de 1943, tenía que ir en vuelo a Bougainville. Ocho P-38 le esperaron en las proximidades, abatiendo a dos Betty y a un Zero de escolta; el Betty en el que viajaba el Almirante fué derribado por el Teniente Coronel Lanphier, cuyo nombre se mantuvo en el más absoluto secreto para evitar venganzas en un hermano suyo prisionero en el Japón. La operación fué breve y sencilla: unos centenares de balas de 12,7 mm. bastaron, y los efectos que se causaron en la máquina nipona por la pérdida de esta pieza—su jefe naval—fueron, sin duda, de una trascendencia equivalente a la de los efectos que se hubieran logrado con muchos miles de bombas y proyectiles empleados contra objetivos de menor importancia.

Otro Teniente Coronel, Otto Skorzeny, realizó cinco meses después la operación inversa. En vez de la supresión de un jefe enemigo, la salvación de uno aliado. La acción recibió el nombre de «operación Eiche», y por medio de un desembarco de planeadores, el 12 de septiembre de 1943, en el Gran Sasso, logró rescatar a Mussolini.

Si pieza clave es la persona del jefe, también lo son las *transmisiones* que éste utiliza para relacionarse con sus subordina-

dos. El episodio de Lanaeken resulta sumamente interesante. Fué en mayo de 1940. Los alemanes sabían que en este pueblo radicaba el puesto central encargado de transmitir las órdenes de voladura de los numerosos puentes que salvaban los ríos y canales próximos a la frontera, y por ello destinaron algunos planeadores a capturar esta central de transmisiones y lograr que sus tropas terrestres penetraran a pie enjuto en las tierras belgas.

Por último, respecto a los *medios militares*, ¿dónde resulta mejor atacarlos? Es mucho más sencillo destruir el material de guerra acumulado en una fábrica o sobre las plataformas de un tren que no esperar a hacerlo cuando esté desparramado y enmascarado en las mismas líneas del frente. Asimismo es preferible atacar los aviones cuando están inmóviles en una fábrica o aeródromo que cuando surcan veloces los aires. Del mismo modo la evocación de los continuos bombardeos de los puertos alemanes y los episodios de Scapa Flow, Orán, Tarento, Alejandría, Pearl Harbour, Tromso Kure, etc., nos indican la ventaja de atacar los objetivos navales mientras están concentrados en sus bases y astilleros.

Los objetivos industriales.

Decir que un país está muy industrializado equivale a decir que es una gran potencia militar o que llegará a serlo rápidamente en cuanto se lo proponga.

Las últimas guerras han devorado enormes cantidades de material. Venció quien pudo sostener este consumo por estar respaldado por una poderosa industria. Sin ella, ni los Ejércitos podrán combatir ni las retaguardias ayudarles con su trabajo. De ahí el empeño que cada bando pone en destruir la capacidad fabril del contrario.

Corrientemente, los objetivos industriales han sido atacados con bombas; pero en casos especiales en los que se pretendía obtener una meticulosa precisión, se recurrió al desembarco aéreo de equipos de Zapadores, como ocurrió, por ejemplo, en febrero de 1941 con la destrucción del acueducto Tragino, uno de los principales que abastecía a

las fábricas, bases y arsenales de Tarento, Brindisi, Bari y Foggia. Otra misión que por la absoluta destrucción que se buscaba tuvo también que ser confiada a los zapadores aerotransportados fué, en febrero de 1943, la voladura de la fábrica de agua pesada de Vermork (Noruega), que surtía de este producto a las experiencias alemanas sobre la bomba atómica.

La elección de los objetivos industriales y la medida de la intensidad con que deben ser atacados es una labor sumamente difícil y delicada. Se trata de dañar la máquina del adversario, pero no excesivamente en grado tal que se nos dificulte o impida su posterior reconstrucción y aprovechamiento cuando con la victoria caiga en nuestro poder. Por ello la habilidad en seleccionar y herir los objetivos exige un gran conocimiento de la anatomía económica del adversario, llegando, a ser posible, a la perfección del ataque de ciertas arañas que, sabiamente, con una certera acción sobre los centros nerviosos de sus víctimas consiguen neutralizarlas sin destruirlas, convirtiéndolas en unas vivientes pero inofensivas reservas de alimentación.

Las comunicaciones como objetivo.

Una de las enseñanzas más claras de la última guerra es la enorme perturbación que al enemigo se causa atacándole sus comunicaciones.

Ya hemos indicado que hoy día las fuerzas armadas sienten grandes necesidades de material. Con razón se ha dicho que el «talón de Aquiles» de los Ejércitos actuales es la corriente de suministros que constantemente necesitan recibir. En muchas de las campañas de la última guerra la situación no se decidió por la lucha sostenida en la línea de contacto, sino por la acción mantenida detrás de ésta contra las comunicaciones que la abastecían. El frente alemán en El Alamein se desfondó principalmente porque los aviones y buques aliados habían impedido la llegada de petroleros. Son palabras de Rommel: «El Alamein se perdió antes de librarse la batalla; carecíamos de gasolina.» En las zonas de vanguardia, pues, tendrá gran repercusión el ataque a las comunicaciones.

En la retaguardia del país también resulta muy oportuno atacar sus comunicaciones. Actualmente es tal la íntima e incesante interdependencia de todas las actividades de una nación, que si falla alguna de las innumerables corrientes de tráfico que las relacionan se desmoronará el difícil equilibrio dinámico que las sostiene; por eso trae más cuenta atacar el comercio que liga entre sí a las industrias, que atacar directamente a estas últimas. Así se demostró en la pasada guerra: la reducción de la capacidad productora de la retaguardia alemana se debió más a los ataques a las comunicaciones que a los daños causados a las fábricas.

La moral como objetivo.

La moral, el ánimo, el espíritu de continuar la lucha es también un importante objetivo. La moral es precisa para mantener tanto la combatividad de los Ejércitos como la laboriosidad de las retaguardias.

Tristemente famosos son los grandes bombardeos de ciudades que durante la última guerra se llevaron a cabo con la pretensión de aterrar a la población civil por las carnicerías humanas que causaban. Los montones de 80.000 y 40.000 cadáveres de Hiroshima y Nagasaki fueron los últimos ejemplos.

Pero al lado de estos ataques, cuyo solo comentario repugna, encontramos otros, distintos de estilo, en los que se buscaba rebajar la moral, no por la contemplación de la carroña humana, sino por el efecto político y psicológico que se podía obtener del hábil aprovechamiento de ciertas oportunidades.

Recordemos la acertada y significativa selección del momento en que fueron realizados algunos ataques. El de Berlín, el 1 de marzo de 1943, precisamente mientras Goering pronunciaba un discurso celebrando el VIII aniversario de la creación de la Luftwaffe. ¡Qué efecto más deprimente tuvo que causar a los berlineses el mentís que desde el cielo se estaba dando a las afirmaciones de potencia e invencibilidad de la Fuerza Aérea alemana!

A veces los efectos morales causados en la retaguardia enemiga han repercutido de modo

muy inmediato en las operaciones militares. El 23 de diciembre de 1941 los muelles de Rangún quedaron desiertos como consecuencia de la alocada desbandada de 100.000 birmanos después de un aparatoso bombardeo japonés contra el puerto. Aquella huida retrasó muy perjudicialmente la descarga del material de guerra que acababa de llegar para tratar de reforzar la debilidad de las tropas inglesas en retirada.

Nos queda aludir a las acciones aéreas en beneficio de la moral de los países invadidos. Patente ha quedado cuanto puede hacer la Aviación en favor de los movimientos de resistencia. Recuérdese los paracaidistas checos que en 1942 asesinaron a Heydrich, Gobernador alemán de Bohemia, y los innumerables agentes «Jedburgh» lanzados sobre Francia para ayudar al maquis y sabotear las comunicaciones; también el auxilio aéreo prestado a Tito y el prestado al General Bor, sublevado en Varsovia durante el verano de 1944. Por último, consignemos un hecho curioso: la acción de Amiens, en febrero de 1944.

En la cárcel de esta ciudad se hallaban condenados a muerte una serie de paisanos franceses acusados de haber auxiliado a los aviadores aliados derribados. Un oportuno y atinado gesto era agradecerles sus servicios, salvándoles de su próxima ejecución. Se preparó cuidadosamente un bombardeo a pequeña altura, destinado a destruir el alojamiento de la guardia de la prisión y romper las murallas de la misma; bombardeo que se llevó felizmente a cabo el día 18, proporcionando la libertad a 187 presos. Esta acción fué de gran trascendencia en cuanto elevó extraordinariamente la moral y el entusiasmo de cuantos intervenían en favor de los aviadores abatidos.

¿Cuáles son los mejores objetivos?

Así como las acciones aéreas contra la población civil son un nuevo recurso de la guerra moderna que se hace instintivamente repulsivo, las dirigidas a animar el espíritu de las quintas columnas, a desacreditar la exaltación política del adversario o a atacar los objetivos clave de sus fuerzas armadas, in-

dustrias y transportes, son acciones que resultan interesantes y sugestivas.

Todas ellas deben empezar con un minucioso trabajo de gabinete: el estudio de la información disponible sobre estos objetivos del enemigo; información que debe ser muy completa y abundante y poseerse archivada ya—manteniéndola al día—desde tiempo de paz, pues una vez estallada la guerra será difícil conseguirla. De este estudio debe surgir la elección de objetivos y su castigo por las Fuerzas Aéreas.

La conducción de la moderna guerra aérea introduce nuevas perspectivas en las mesas de trabajo de los preparadores de planes de operaciones. Ya no se trata sólo de alinear y mover las formaciones de aviones para enfrentarlos con los del enemigo o para hostigar sus unidades de superficie; ahora se persiguen también otros objetivos, y su estudio y selección abren un interesante capítulo en el arte militar aéreo, relacionándolo íntimamente con el análisis y conocimiento de las características morales, económicas e industriales, del país enemigo. El estratega tiene que ser un verdadero erudito en geopolítica, psicología y economía universales. Además de destruirse escuadrillas o batallones, se destruyen entusiasmos y cosechas, producciones y rendimientos. Y en la adecuada combinación de estos golpes demostrará su habilidad el que sepa dar mate en pocas jugadas: las sabiamente escogidas como imprescindibles y decisivas para hacer imposible el funcionamiento del complejo mecanismo de una moderna nación. ¿Cuáles serán estos objetivos? La última guerra puso de manifiesto que en Alemania los más indicados fueron las fábricas de cazas monomotores, las comunicaciones ferroviarias, las centrales eléctricas, los pozos de Ploesti, las industrias de rodamientos y de gasolina sintética. En el Japón, las fábricas de hélices, las de motores de aviación y la navegación de cabotaje.

¿Cuál debe ser el orden de prioridad con que deben ser atacados los objetivos enemigos? En cualquier caso, siempre será indispensable prestar la principal atención al ataque de la Aviación enemiga, tanto en el aire como en sus aeródromos y fábricas. Únicamente una superioridad aérea inicialmente conquistada y cuidadosamente mantenida después, asegurará la suficiente libertad de

acción que permita surcar los cielos para llegar a otros objetivos.

En segundo lugar, la acción aérea debe dirigirse contra los transportes. Ya se ha indicado anteriormente cómo el ataque a las comunicaciones es siempre de interés. Lo es ya en el más apartado confín de la retaguardia o en la más alejada ruta marítima. Lo sigue siendo en toda la extensión del país o mar enemigo, inmovilizando la vida de relación entre ciudades, parando las industrias por el corte de las comunicaciones por donde se abastecen. Lo es también, y de modo extraordinario, en las inmediaciones del frente terrestre la rotura desde el aire de su cordón umbilical hará inactivo todo el poderoso despliegue que por él se nutría.

Después de la Aviación y los transportes del enemigo, ya no se puede seguir un mismo y general criterio para indicar el resto de los objetivos que deben ser seleccionados para el ataque aéreo. Para cada país habrá que fijar un programa diferente en el que sus objetivos militares, industriales y morales ocupen el lugar que por su peculiar característica y diversa significación les corresponda.

La Aviación goza de la excepcional facultad de poder elegir sus objetivos entre todos los del enemigo. ¡Buena oportunidad para un Estado Mayor que sepa aprovecharla! Si ha logrado recoger una abundante información y ha sabido después aprovecharla para hacer un minucioso análisis de la estructura interna del enemigo; si como consecuencia de este estudio ha acertado seleccionar los objetivos más importantes, fijando un orden adecuado de prelación; si, finalmente, las operaciones que ordene llevar a cabo contra tales objetivos se realizan con éxito y precisión, se logrará tal vez, con unos cuantos golpes magistrales y afortunados, desmontar la gran máquina enemiga por la rotura de sus piezas esenciales.

De este modo se contribuirá desde el aire a hacer menos cruentos y brutales los conflictos militares. Ya que desgraciadamente—como un castigo mientras el mundo sea pecador—no se ha terminado aún la triste y vergonzosa sucesión de las guerras humanas, al menos éstas se humanizarían, tendiendo a sustituir los sangrientos zarpazos directos contra la carne de la tropa enemiga, por la limpia e ingeniosa privación de sus medios de combate.